

## MUJER, BARRIO Y SOCIEDAD. FRAGMENTOS DE PRÁCTICAS Y DISCURSOS SOCIOCULTURALES EN TORNO A LA MUJER EN EL BARRIO

*Teresa Ontiveros*  
Universidad Central de Venezuela

### RESUMEN

El presente trabajo consta de una recopilación de anécdotas y experiencias vividas a lo largo del desarrollo de trabajos de investigación realizados en ciertas barriadas del país, en las cuales se evidencia la preponderancia del rol de la mujer como figura de liderazgo; liderazgo solapado, en determinadas situaciones comunales que requieren de la voluntad y el ingenio para su resolución. Igualmente, se ofrece un análisis y reivindicación del rol de la mujer en el ámbito del hogar, pero también como figura pública dentro del barrio.

**Palabras claves:** *líderes, barrio, ocupación, hogar, desigualdad.*

---

### ABSTRACT

This article is made up for a compilation of anecdotes and lived experiences along the realisation of inquires brought about at some slums in the country, depicting such works the predominance of woman's role as a leadership figure; a kind of disguised leadership in certain community situations wherein the will and cleverness are required to solve them. We give also an analysis and vindication of woman's role both in the context of home and as a public figure within the own slum.

**Key words:** *Leaders, Slum, Occupation, Home, Inequality.*

---

## UN INICIO...

Bajo este título quisiera dar cuenta de algunas reflexiones paralelas que se me asoman a propósito de algunos estudios referidos a los barrios. No siendo el tema de la mujer o el del género parte de mis coordenadas investigativas, sucede con este dispositivo cultural, así como con el del parentesco y el del espacio-territorio, que su lectura es potencialmente necesaria en cualquier estudio etnográfico. De allí que aprovecho esta oportunidad para describir algunas situaciones vividas en campo, y otras tomadas de estudios sobre barrios, para pensar la *biografía femenina*; una reflexión que siento me produciría mucha paz intelectual-personal, en la medida en que escribo lo que en voz alta se me rev(b)ela, como una necesidad. Los fragmentos son como piezas de un rompecabezas. Las páginas últimas de reflexión de este escrito, pretenderán amarrar las experiencias sueltas aquí contadas.

### **I. Detrás de un líder... Se invisibiliza a una mujer**

En el año 2001 (septiembre-diciembre) dicté en la Escuela de Antropología la asignatura *La Función del Habitar*. Estudio de la vivienda como hecho cultural. Fue un semestre muy interesante debido a que en esa oportunidad contamos con la realización de un trabajo de campo, recibimos el apoyo de IVIMIRANDA, muy especialmente de la economista Carola Blanco, en ese entonces, asesora de los Programas de Vivienda, y quien venía adelantando un proyecto institucional en la comunidad Vista Hermosa, Los Muñoz de Soapire, en los Valles del Tuy. Con un grupo conformado por nueve estudiantes, la profesora guía y la asesora del Programa, entre los meses de octubre-diciembre, visitamos los fines de semana la comunidad. Los primeros contactos se hicieron con la intención de recorrer y describir el "terreno", luego, nos dedicaríamos a implementar una guía de entrevista, elaborada con la finalidad de conocer acerca de la ocupación de estos terrenos y, especialmente, explorar a propósito de la vivienda y su importancia como hecho material y cultural.

La mayoría de los habitantes eran damnificados de la tragedia Vargas (1999), otros venían de los barrios de Gramovén, Blandín, Plan de Manzano, Carapita. Había andinos, orientales, colombianos, dominicanos, ecuatorianos, etc. Muchos de estos pobladores, estando refugiados en la Iglesia El Carmen, de la Avenida Sucre, conocieron, a una semana de estar en el refugio, a un señor de la Federación Cam-

pesina, quien les dijo que en Los Valles del Tuy había terrenos sin ocupar y estos los estaban “invadiendo”. Según el relato de los habitantes, cuando se enteraron, se movilizaron hacia el sector indicado y al ver que era cierto se fueron trasladando. En enero de 2000, ya se contaba con muchos ranchos en el sector. Los terrenos ocupados pertenecían, para el momento, a la familia Muñoz, la cual tuvo que enfrentar a las familias asentadas en estos terrenos. Luego, los dueños los venden a FONDUR. Lo que podemos resaltar es que, en nuestras entrevistas, las familias indicaban su anhelo por comprar los terrenos ocupados a FONDUR y así legalizar su situación. Mientras tanto, a dos años del asentamiento (2001), las familias vivían en extrema precariedad, sin agua, por demás, un servicio que les salía demasiado caro, ya que tenían que comprarla a los camiones cisternas, luchando por mejorar las condiciones del lugar y muchos, transformando los ranchos en casas de material duro. Un dato importante que se nos reveló fue el de la permanencia en el sector de una comunidad de andinos, los cuales habían establecido una red de ayuda mutua y algunos “soñaban” con hacer la vivienda típica de los Andes. Como los terrenos eran muy amplios, las familias ya tenían huertos para el consumo y, para algunos, ya constituían una ayuda en términos de pequeñas entradas económicas, a través de la venta de gallinas, huevos criollos, algunas frutas, etc. Para no hacer más largo el relato, el centro de nuestra atención es lo que a continuación narraré.

Cuando hicimos los primeros contactos, logramos, a la segunda semana, conversar con unos de los “líderes” de la comunidad, quien, de manera muy amistosa, nos contó la historia de la ocupación y cómo lucharon desde el primer momento para ganar un pedazo de tierra. Nos mostró el censo que arduamente estaban construyendo, nos habló de la valentía de hombres y mujeres en los enfrentamientos sistemáticos con la policía y hasta con la Guardia Nacional. Con él, recorrimos algunos sectores de la comunidad. Recuerdo que quedé muy impresionada con el relato de este líder comunitario.

Ya después de varios fines de semanas de haber visitado a la comunidad y el considerar que el rapport inicial era respetable, como para iniciar las entrevistas, el equipo se abocó a realizarlas. Evidentemente, me interesé en conversar más detenidamente con el líder y fue uno de mis informantes seleccionados, igual, entrevisté a varias mujeres de la comunidad.

Recuerdo el día en que llegué al rancho del dirigente y me recibió su esposa. Ella muy amablemente me invitó a sentarme a la entrada

de su rancho y me dijo que su esposo no estaba en la comunidad, de hecho, había viajado porque tenía un familiar enfermo. Le dije que iba a descansar un rato y medité si de pronto realizaba otra entrevista, entre las por mí seleccionadas. Pero, después de conversar dos o tres cosas generales, se me ocurrió hacerle la entrevista a la señora, ya que, evidentemente, al estar al lado de este hombre tan valiente, algo al respecto me podría relatar.

La entrevista tenía un corpus y un ritmo que seguir, desde la trayectoria residencial de la familia entrevistada y, propiamente del informante, sobre el estado de la vivienda, el mejoramiento de la casa, sobre el terreno, los servicios y equipamientos del barrio, sobre el barrio, las instituciones y las políticas implementadas, etc. etc.

Cuando tocamos el tema de la ocupación, le pregunto, “cuénteme, ¿cómo hicieron para venir para acá?, ¿Cómo se enteró? –Bueno, el señor nos informó–, y ¿cómo se enteró él de este terreno?”

Y la señora me responde: “Bueno, yo no...él no me dijo, yo fui la que le dije”.

“Perdóneme, yo pensaba que era él el que tomó...”

“No, **yo fui la que tomé la decisión**. Una amiga de nosotros me dijo: –mira, que están invadiendo terrenos por allá arriba, anda que tú no tienes casa y estás viviendo alquilada– y entonces yo arranqué y me vine con el esposo de ella. Después, yo hablé con él, –entonces mira, que éste agarre un terreno por allá arriba, ¿qué te parece a ti si vamos a verlo?, vamos a verlo a ver si te gusta y eso, y entonces sí–, entonces yo hablé con él”.

“¿Y él estuvo de acuerdo?”

“No, él vino a ver primero y después bueno, que en la situación que estábamos no había pa'dónde agarrar ¿verdad?, bueno y dijo bueno está bien vamos a empezar a trabajar...No teníamos nada y bueno nos mudamos a la intemperie, no había nada de nada... antes vivíamos en una zozobra, que nos van a sacá, no que ahí viene la máquina, que iban a quitar todos los alambres, que eso...bueno pues, qué no se decía. Sí, así estábamos nosotros, corríamos unos pa'llá, dos pa'llá, que nos iban a sacá, que la guardia, eso era horrible...”

Después de este relato, la verdad quedé muy impresionada, no al constatar una vez más cómo las mujeres, especialmente la de los sectores populares, constituyen un bastión fundamental en lo que a ocupación de los terrenos se refiere, sino cómo la fuerza originaria,

matriz, e incluso motriz, de la acción viene del lado femenino, pero se disfraza por la acción del hombre –quien, a su vez en el relato por él contado, no aparece en ningún momento– que impulsa la idea inicial. Luego, reconocemos al líder por sus gestiones posteriores, desdibujando, opacando, e incluso anulando, la acción de la mujer.

Pero el relato de esta mujer se multiplica cuando, al entrevistar a otras mujeres, encontramos que ellas también fueron el impulso para que sus esposos, hermanos, amigos, se cargaran de coraje para la ocupación de los terrenos. ¿Cuántas veces no hemos leído, escuchado que son las mujeres y los niños y niñas, quienes siempre enfrentan a los policías e incluso a la guardia, a las instituciones represivas del Estado? Muchas veces se plantea que ello se hace como estrategia para debilitar a estos cuerpos policiales, ya que la condición de “fragilidad femenina” o el pensar que a la mujer “no se le debe tocar ni con el pétalo de una rosa”, constituyen mecanismos paralizadores de cualquier acción. Pero no nos engañemos, cuando se trata de desalojos, no importa ni el género, ni la edad, lo que nos permite observar a lo que se exponen las mujeres en estos momentos de enfrentamientos.

Todas las voces femeninas que escuché manifestaron su presencia activa en la ocupación de estos terrenos. No queremos que se piense que estamos haciendo loas por la trasgresión o apropiación indebida de los terrenos, sólo que constatamos el papel fundamental que juega la mujer cuando se trata de defender el derecho a la vivienda, cómo, acompañada y sobre todo, sola con sus hijos, se arma de voluntad ante la desesperanza, la precariedad, la feminización de la pobreza para conquistar un terreno...

Una flor y un ladrillo; unos rollos en el pelo y el cargamento de agua; unos tacones alto y la compra en la bodega, en el mercado; una sonrisa en la ventana, un llanto en la media noche; un cuerpo de diosa a un cuerpo desgastado ante de los cuarenta. ¡Cuánto nos hace falta conocer de esos territorios femeninos que se acorazan en los barrios!

El papel de la mujer en esta comunidad por nosotros visitada fue y es fundamental, desde el mismo proceso de ocupación hasta la participación en la resolución de los problemas y conflictos que se derivan del asentamiento ilegal. Si por el azar no hubiese entrevistado a la señora del “líder”, no hubiese conocido la mitad de la historia y si él quiso tomar las riendas de la resolución de los conflictos del barrio se debe, muy especialmente, a que fue ella quien tomó la decisión.

## II. No se arrastran cadenas, pero...

Lo que relataré a continuación forma parte de mi experiencia de campo del año 2003-2004. Durante ese lapso, el geógrafo Armando Gutiérrez, y quien escribe, junto a un grupo de estudiantes de la Escuela de Antropología, llevamos a cabo una investigación a propósito de amenazas de desplazamientos forzados de población y los mecanismos de resistencia que las comunidades aplican para superar estos desplazamientos. La comunidad en estudio fue el barrio Los Pinos, en Hoyo de la Puerta, Municipio Baruta, Área Metropolitana de Caracas. Este proyecto fue financiado por la Oficina Regional de la Coalición Internacional para el Hábitat (HIC-AL, México) y auspiciado por la Escuela de Antropología y el grupo de investigación La Producción de los Barrios Urbanos, coordinado, en ese momento, por la profesora Teolinda Bolívar. El resultado de este proyecto lleva por título: **Esto es lo único que tengo**. Amenazas de desplazamiento forzado.

En esta investigación nos planteamos explorar y describir, con base en las familias seleccionadas del sector, tanto los orígenes de la amenaza de expulsión que vivió la comunidad, como los mecanismos de resistencia empleados por sus habitantes ante las amenazas de desplazamientos forzados, producto de los intentos de recuperación de los terrenos por parte de los supuestos dueños, para la construcción del parque cementerio La Puerta.

Nuestro objetivo consistió en conocer estos mecanismos de resistencia a fin de identificar los grados de arraigo, sentido de pertenencia e identidad existentes, entre los habitantes del sector. Nuestra aproximación fue de carácter cualitativo y nos apoyamos, una vez más, en el método etnográfico como proceso, donde la observación y, particularmente, la entrevista semiestructurada, nos permitieron explorar, describir y reconstruir el problema en estudio.

Un hallazgo importante fue la reconstrucción de las luchas emprendidas por las familias ante el proceso sistemático de segregación social, violencia simbólica que luego se materializa en su expresión física y psicológica con el intento de desalojo. A propósito de esas formas de resistencia las familias dan *sentido* a sus representaciones referidas al riesgo e inseguridad natural/social, así como las consideraciones en torno al estigma de invasores. Los resultados nos permitieron identificar un *sentido de pertenencia ambivalente*, mediado por la incertidumbre y angustia de lo impreciso y una identidad que se construye con base en la amenaza (identidad de la amenaza).

A *grosso modo*, un resumen muy apretado de esta investigación, quizás interese a los potenciales lectores porque tiene que ver con todo lo dicho en el tema de reflexión. La experiencia en campo me dijo algo sobre el tema y es lo que, una vez más, comentaré.

En esos recorridos que hicimos por la comunidad, entrevisté a una señora que me pareció francamente ingeniosa, ella misma hizo su rancho de madera y, de vez en cuando, ella cambiaba el rancho de lugar a lo largo del terreno, ¡Cómo cuando uno cambia el lugar de los objetos en su cuarto! Claro, las posibilidades no eran muchas, pero lo hacía. Conversábamos a las afueras de su rancho. En ese momento de la conversación, observé cómo bajaba el cerro una señora negra, pequeña, un poco gorda, junto con una niña, con grandes bolsas de mercado, en el instante pensé lo fuerte que es bajar por un lugar tan precario, prácticamente de pura tierra, sin escaleras y con bolsas tan pesadas. La señora casi se deslizaba por el terreno.

Seguimos conversando y, al rato, vi a la señora bajando de nuevo, pero esta vez con una caja de cerveza montada en su cabeza. Mi sensación era de pesar al apreciar, desde mi punto de vista, tan dramática situación. Continué la plática con mi informante, hasta que llegó un momento en que me dijo que tenía que parar porque debía comentar a la gente de la comunidad el servicio que estaban prestando los médicos cubanos en el módulo del barrio cercano. Se me ocurrió preguntarle si podía acompañarla (era la oportunidad de recorrer el barrio y de observar y compartir con la gente de la comunidad), para mi sorpresa, me dijo que sí.

Fuimos tocando puertas, prácticamente casa por casa. En la parte baja del barrio se observaba mayor precariedad y los ranchos eran cada vez más pobres. De uno de esos salió un señor conocido por su apodo pero, por resguardar su privacidad, llamaremos El Ario, sin camisa y con una lata de cerveza en la mano. Se puso a conversar con la señora y, en ese momento, llama a la mujer. Cuál es mi asombro, cuando vi que la mujer era la señora que bajaba tanto el mercado como la caja de cerveza. No pude evitar en ese momento un fuerte malestar, me produjo tanta indignación, por supuesto, muy bien disimulada, porque en instantes pensé que mientras la mujer iba al mercado, traía las cosas y para colmo compraba las cervezas, el marido estaba de lo más tranquilo en el rancho. Me pareció que los años de esclavitud no hubiesen pasado, sentí que esa mujer no arrastraba cadenas, pero la cara de fatiga de ella y la cara de reposo de él, delataba que las cosas a fin de cuenta no han cambiado mucho y que por siglos, la

injusticia, la desigualdad seguían intactas. Y me interrogaba: ¿Se vale de su color de piel (él blanco, ella negra) para establecer esa dinámica de una relación mediada por el abuso doméstico? ¿Se vale del hecho de ser “hombre” para imponer pautas de sometimiento? ¿Se vale de su condición de medianamente proveedor para dejar toda la responsabilidad del espacio doméstico a la mujer? No son interrogantes originales, más bien un poco gastadas por el paso de los años, pero radiografiar esta escena hizo remover en mí un malestar histórico y generar un desasosiego al no comprender cómo seguimos alimentando esta dominación. En el momento pensé que no hay que ser ni mujer ni hombres, sólo ser personas y como tal revelarnos ante tan pesada situación. Ya reflexionaremos sobre ello. Pues bien, valientes y corajudas para ocupar un terreno, centros del universo del barrio, temerosas y sometidas en el día a día hogareño. Paradojas que nos invitan a seguir repensando el papel de la mujer en el barrio.

### III. “Dueña de casa”. ¿Mito, realidad, paradoja?

En mi investigación referida a la casa de barrio, la cual data ya de muchos años, uno de los análisis más importantes estuvo referido al tejido de las relaciones sociales que se producen en el hogar. Señalábamos cómo la casa, en su función primaria, cumple el papel de reunir en su entorno a un grupo de personas vinculadas por lazos de alianza, de consanguinidad, de empatías, de cooperativismo. En este espacio de vida se tejen relaciones armónicas y tensas entre las personas que han decidido estar juntas. En ese sentido, en la casa se producen encuentros permanentes entre sus miembros, estableciéndose una primera cohesión grupal y ciertas bases de la organización social. Observamos entonces que, como “célula base”, la casa está conformada por la madre, el padre, los hijos (familia nuclear), a veces por la madre y sus hijos (familia monoparental, especialmente matrifocal), otras por familiares de la segunda, tercera generación (familia extensa).

Tratamos de enfocar la trama de relaciones a partir de las actividades, repertorios-papeles que realizan los miembros del hogar y su interconexión con la casa como hecho social total. Describimos entonces el papel de los hombres, de los hijos y, por supuesto, el de las mujeres. A ella, haremos referencia.

La mujer es la encargada de darle forma a las actividades del diario vivir. La vivienda ha sido el espacio adjudicado a la mujer y

así la han asumido las mujeres de los barrios, independientemente de su participación en las labores fuera del hogar. Así, encontramos que la mujer “habita” la casa, bien si su permanencia es continua (todo el día) o por intervalos (mañana, tarde o noche).

Pero lo cierto es que describir un día de la mujer en la casa de barrio, es describir un itinerario agotador que consume su energía física diaria. Es la mujer quien más “circula” entre los espacios de la vivienda, las áreas son recorridas día tras día, hasta llevar a cabo las labores desigualmente repartidas.

La mujer cocina, lava, plancha, limpia y organiza la vivienda, atiende a los hijos, hace mercado, además atiende la bodeguita, la costura, la escuela, si trabaja dentro del hogar; otras comparten el trabajo de la casa con el trabajo de la calle, reduciendo y minimizando su tiempo y espacios personales. Así el ciclo femenino es consumido y abocado al tiempo de los otros.

Es así como, por ejemplo, describir un día de cualquier mujer del barrio, es describir los días de su vida, pero además es describir los días de todas estas mujeres, incluso, nos atreveríamos decir, la de otras mujeres latinoamericanas que viven en las mismas condiciones socioestructurales. En ese sentido, transcribiremos en paralelo lo que nos cuenta una mujer de nuestros barrios de un día en la casa y un relato de una mujer de Cali, transcrito por la investigadora Sonia Muñoz:

“Si por lo menos uno no sale, ¿qué le queda? Lavar, cocinar, planchar, otros oficios. Cuando tengo mucho que hacer me levanto temprano, lo primero que hago es ordenar, después me pongo a cocinar el desayuno, monto el almuerzo, me pongo a lavar. En lo que remajo un poquito, voy barriendo, paso colete, voy preparando las ollas y al ratito limpio el porche, la sala, el comedor y me quedan los cuartos y la cocina, entonces lavo un poco de ropa y dejo la otra que echo y, si tengo cera, encero de una vez y me pongo y termino el almuerzo y voy a ver si lavo los baños, el patio, lo hago ra-

“Ay, a mi lo que más me cuesta es la levantada. A eso de las tres o cuatro de la mañana ya me toca levantarme y colocar las ollas. Lo primero es ir a la cocina, ir colocando las ollas para el desayuno, pa’ estar preparada pa’ darles el desayuno al marido y a los muchachos. Mientras tanto, me voy pa’l baño. El agua le quita a uno el sueño. Claro, todos en la casa están dormidos y yo ya estoy arreglada, el café lo tengo listo de primero, el pan, a veces cuando hay cómo, sea quince sea treinta de mes, pues hago un desayunito mejor, arepas, o algo así, que a ellos les gusta mucho.....como también tengo que

pidito. Después del almuerzo friego la loza, arreglo la cocina, hago café. Entonces llego y preparo otra cosa, comemos a las ocho, al rato me acuesto a ver televisión y hasta el día siguiente. Si no tengo mucha ropa que lavar, me pongo a planchar, aquí se lava todos los días, baño a los muchachos y enseguida esa ropa la lavo, siempre me ha tocado así [cuando trabajó en la calle] Yo venía cansada de fregar un perolero, de atender tanta gente [trabajaba en un restaurante] y tenía que llegar a cocinar, a lavar, me daban las once, llegaba a acostarme para el otro día levantarme tempranísimo, de madrugada” (Elsa, Barrio Santa Cruz, en Ontiveros, 2000, 201-202)

despachar el almuerzo del marido y a los muchachos que estudian, bueno hasta las seis o siete y media estoy haciendo el trabajo de despachar a la gente de la casa (...) más o menos a las seis y media, a las siete o así, empiezo a arreglar la casa, que esto aquí se mantiene lleno de polvo. (...) por eso todos los días me toca barrer, quitarle el polvo a las mesas, el piso, usted ve, pero no puedo con el mugrero (...). Voy a la tienda todos los días después de la siete, como a las ocho, más o menos, a ver qué se hace para terminar de completar el almuerzo y la comida (...) Por ahí a las ocho o nueve sigo preparando el almuerzo, cocinando y como me toca hacer mucho oficio en la casa, el trabajo de la casa nunca acaba (...) Cuando las dos grandes llegan de la escuela, a eso de las 12 ó 12 y media, pues sirvo el almuerzo, después veo mi novela y si me acuerdo, antes oigo las noticias; pero uno a mediodía ya está cansado ¿sabe? Así como a las tres me pongo a lavar y a planchar, luego me pongo a remendar, y allí sí, ir pensando qué se hace pa’ la tarde, pa’ la comida. Ya por la tardecita, a las cinco y media o así va llegando el marido y tengo que tener la comida lista y caliente para cuando él llegue y servirle...” (Muñoz, 1994, 104-106)

Como hemos podido captar por estos dos largos ejemplos, a la mujer de barrio (en Caracas, en Cali), se le redimensionan las actividades del hogar. Se origina un mayor grado de explotación cuando la mujer sale a la calle. Igualmente, no olvidemos que la mujer de barrio también colabora en tareas para el mejoramiento de la vivienda. Bajo esta situación podemos indicar que son varias las instancias en que observamos la participación de la mujer, pero con un gran coste individual.

La casa se ha considerado el “espacio de lo femenino”, pero, aceptar que la casa corresponde a la mujer, es aceptar la sobredimensión de las actividades domésticas en desventaja de ésta. La casa debería entenderse entonces, como el espacio de lo femenino y lo masculino, con todas las actividades que ella genera y que deberían ser compartidas.

Esta reflexión en torno a los repertorios y actividades desarrollados por las mujeres, nos lleva a interrogarnos con relación a los aspectos más subjetivos del uso de la casa. ¿Existen lugares “especiales” en la casa para las mujeres? Cuando hacemos referencia a lugares especiales, queremos hacer mención a esos lugares donde se satisfacen necesidades íntimas, propias, “secretas” de los sujetos, esta búsqueda va más hacia el encuentro del *imaginario pulsional*, mundo de las aspiraciones recónditas, a nuestros juegos, es así como siguiendo a Vicent-Thomas, entendemos al imaginario pulsional como “(...) un proceso vital profundamente imbricado en el inconciente que da un sentido a nuestras aspiraciones, a nuestros deseos, a nuestras pasiones, a la violencia dominadora arcaica (...) y que nos ayuda a sobrevivir” (Vicent-Thomas, 1988, 11).

Paradójicamente, hemos encontrado que la vivienda asignada socialmente a la mujer no se constituye como totalidad en el espacio de lo femenino. La mayoría de las áreas son consideradas por las mujeres entrevistadas en mi investigación, como espacios funcionales (lavar, cocinar, comer, etc.) mas no en el espacio de lo femenino.

La mujer asocia el espacio especial a un área de reposo, del cuidado femenino, del relax, creación manual. Algunas, a un espacio de lectura, un espacio donde puedan disfrutar de la soledad. El patio es importante, pero su multifuncionalidad lo priva de ser un espacio femenino. Todas las entrevistadas consideran como espacio más cercano a sus ideales, el cuarto, no obstante, éste muchas veces es compartido no sólo con la pareja. Es por ello que con insistencia hablan de la necesidad de los cuartos, de resguardar la privacidad, la intimidad, la sexualidad. Nos encontramos ante un espacio del imaginario pulsional femenino, sesgado, prácticamente nulo.

Con relación a lo indicado en líneas anteriores, las reflexiones de la arquitecta Teresa Azcarate en cuanto a la relación privado/público, la organización de la familia y el lugar que ocupa la mujer, son extremadamente agudas y aleccionadoras: “Las mujeres están privadas de lo privado porque la casa representa para ellas un lugar apartado de lo social y de lo público, no a título personal, como persona que se encuentra ahí, sino como esposas y madres. La organización de la

familia en el espacio doméstico indebidamente asimilado a lo privado, responde a las relaciones de poder y esto se verifica en que las mujeres están privadas en él, de privacidad. La mujer puede disponer de la casa cuando está vacía y a veces si trabaja afuera el lugar público le asegura más privacidad (paradójicamente) que el doméstico. Ya que la casa no pone a las mujeres en posesión de sí mismas, sino de los demás, una mujer en la casa tiene interior pero no privado” (Azcárate, 1995, 87).

Entonces, ¿qué es verdaderamente un hogar para la mujer? Igualmente se interroga Azcárate: “¿es la casa, el hogar, lo mismo para varones y mujeres? (...) para las mujeres ¿qué es? (...) ¿tienen ellas espacios propios para disponer y hacer lo que tienen ganas? Algunos dichos populares rezan: ‘la mujer es la reina del hogar’, ‘la mujer es el hogar, el hombre es el trabajo’, ‘la mujer es la dueña de la casa...’ ¿Mito, realidad, paradoja?” (Azcárate, 1995, 82). Interrogantes que nos invitan a seguir hurgando en el universo de la mujer y de lo femenino, en este caso particular, el de la mujer del barrio.

#### **IV. ¿Hacedoras de ciudad?**

Después de narrar tres experiencias etnográfica, pasaré a reflexionar acerca del tema que nos ocupa, tomando como referencia el hermoso texto coordinado por la arquitecta Teolinda Bolívar y el cual lleva por título: *Hacedores de ciudad* (1995). Este es un libro que recoge “...narraciones escritas por algunas mujeres y hombres actores directos en la producción de las ciudades latinoamericanas” (Bolívar, 1995, 8). En estos relatos se acopian vivencias de viva voz, lo que sienten, lo que han construido en su cotidianidad los pobladores populares urbanos. Confieso que es un libro el cual un antropólogo hubiese estado orgulloso de coordinar, ya que en sus páginas se recoge el estilo más genuino de la etnografía. El psiquiatra José Luís Vethencourt en la nota introductoria realizada al texto, nos dice: “Lea Ud. este libro como si leyese breves extractos de historias de vida escritas en castellano antiguo, que en este final del siglo XX vuelve a nacer en nuestros pueblos, a su manera. Léalo lentamente, aprecie su vigor y su veracidad. Reconozca la indeclinable fortaleza de la madre latinoamericana. Contemple la síntesis viviente del sufrimiento y la alegría. No vea aquí depresión sino más bien la fuerza alegre frente al dolor y la dificultad. Aprendamos cómo es que la vida humana evita los pantanos de la inercia y la degradación a base de libertad, voluntad y decisión frente al infortunio” (Bolívar, 1995, 14).

Son escritos provenientes de Buenos Aires, Montevideo, Belém do Pará, Quito, Santa Fé de Bogotá, Caracas, Managua, San Salvador, Tegucigalpa, Ciudad de México, La Habana. En total, nos encontramos con treinta y un relatos, dos de ellos escritos por Juntas de Acción Comunal, seis escritos por hombres, uno escrito por un colectivo de mujeres y ¡veintidós! escritos por mujeres. Sumando éstos con el escrito del colectivo de mujeres, podemos observar que la tendencia mayoritaria es el del relato femenino, por ello, hablamos de *hacedoras de ciudad*.

Cada una de estas experiencias constituye un libro abierto, lleno de vicisitudes, ciertamente de lucha y de determinación. Se nos presenta un abanico de cómo entender la participación de la mujer en la construcción de su hábitat, algunas con participaciones políticas destacadas, mujeres líderes en sus colectivos. Unas escriben desde la poesía y hacen un llamado a la mujer a que se quieran y quieran la vida. Otras relatan la historia de su comunidad. Otras, en cambio, recurren a develar el dolor, sus mundos de infortunios, de violencia doméstica, de violaciones (sexuales), de soledades, de pérdidas. ¡Cuán caleidoscópica es la vida de la mujer en el barrio! Dicen algunos relatos: "(...)Con este trabajo que yo desempeño me distraigo y además me *sirve para olvidarme un poco de mi pasado* y por eso lo hago con mucho amor" (Angela Garay Díaz, Managua, en Bolívar, 1995, 106); "Xiomara creyó que no tenía fuerza para salir de tanto problema pero ya tiene un poco de voluntad como para seguir luchando por su casa y sus hijos pero sola, sin sus padres, a pesar de que con el cambio que el padre de los niños ha tenido después que sabe de la escritura que he hecho, él siente que ya me perdió y quiere arreglar[...]Me prometió no ingerir más licor y portarse bien, no pegarme más, que volvamos a empezar, pero yo me siento tan mal que no sé qué hacer. *Pero si tengo que quedarme sola, que no es la primera vez, voy a luchar por mi casa, mis hijos y voy hacia delante sintiéndome muy bien*" (Xiomara, Venezuela, en Bolívar, 1995, 98-99).

"Siempre seguimos luchando por el beneficio de nuestro barrio, tenemos un área para construir la casa comunal, tenemos para hacer comedor de soya, escuela. Se está comenzando la construcción del comedor, una iglesia católica nos está financiando los gastos...Fue así mi lucha para obtener este lotecito, que hasta una hija perdí en esos momentos difíciles de mi vida. Se me agravó mi hija, en medio de la lucha por formar el barrio [...] Bueno, ésta es la historia de una mujer luchadora por los suyos y los demás" (Virginia del Socorro Villalobos, Managua, en Bolívar, 1995, 113). "Las mujeres aparecían con las manos

y pies pelados por estar haciendo la mezcla, a causa del cemento. A fin de tener un lugar aunque fuese pequeño nos esforzábamos y costara lo que nos costara lo íbamos terminando de construir” (Reyna, Rosa Amalia y Ada Suyin, San Salvador, en Bolívar, 1995, 123-124). “Me parece que si las mujeres no existiéramos en la Asamblea de Barrios no existiría una organización tan fuerte como ésta. A mí me da mucho gusto ver cómo participa la mujer, porque ya no es una doble o triple jornada sino una cuádruple jornada, porque las mujeres se han enseñado a repartir muy bien su tiempo para participar y ser madres, ser esposas, ser mujeres que trabajan –caso de la mayoría para poder subsistir– y además la militancia en una organización como la Asamblea de Barrios, eso me parece importante. Yo siempre he manifestado que las mujeres no son el lado débil, ni son el sexo débil, sino al contrario, somos el sexo más fuerte porque lo hemos demostrado; desde el matriarcado, que existe mucho en nuestro país, hasta lo que será el futuro” (Yola, Ciudad de México, en Bolívar, 1995, 144). “Yo era una persona dedicada a mi casa y a mi hogar. Yo iba al Seguro Social o alguna dependencia de gobierno y toda la vida me gritaban, me hablaban fuerte y doblaba las manitas. Estoy muy agradecida con el movimiento, porque gracias a todos los compañeros me he sabido defender, me enseñaron cuáles son mis derechos como ciudadana. Fui un ama de casa no tan dócil, porque nunca dejé que me pusieran el pie sobre el cuello; siempre me rebelaba contra mi marido por las injusticias que a veces él cometía: de llegar tarde, de no dar un gasto como debe ser. Tal vez eso, que siempre dentro de mí ha habido un líder. *Pero sabía que tenía que ser sumisa en mi matrimonio*” (Lupe, Ciudad de México, en Bolívar, 1995, 14).

Ciertamente, hacedoras de ciudad. Estos relatos no están mediados por ninguna “traducción” (del investigador) y en este sentido, constituyen fuentes inagotables de interpretación. Son voces de mujeres que nos muestran el conjunto de contradicciones en las que estamos inmersas: unas con valentía enfrentan el dominio masculino, el cual va desde el hogar a instancias organizativas, otras, intentan superar en solitario el dolor interno de las pérdidas (varoniles, familiares), unas pocas muestran su resignación a seguir lo que el “destino social” les tiene reservadas. ¿Qué podemos reflexionar a partir de estos fragmentos de vida social aquí abordados? Lo intentaremos, después de todo como conclusión de este escrito.

### Un cierre...

Hace apenas unos días se celebró una vez más el Día Internacional de la Mujer. Me imagino que muchas mujeres (como yo) recibimos mensajes de salutación, donde se resaltaban los logros que con el tiempo hemos ido obteniendo. Leo la prensa y encuentro muchos artículos referidos a los “avances” sustanciales cumplidos en los ámbitos laborales, educativos, en la política, la familia. En nuestro caso particular, a pesar de que se indica la falta de equidad en la repartición de los cargos públicos, encontramos el lema: “Mujeres al poder” (Rojas, 2008, 46-47). Cuatro de los cinco poderes están a cargo de mujeres (Asamblea Nacional, Tribunal Supremo de Justicia, Defensoría del Pueblo, Poder Electoral); según datos del CENDES 25% de las mujeres están incorporadas al sector público, contamos con 16 embajadoras, 56% de mujeres conforman la matrícula universitaria (Rojas, 2008, 46-47). El mismo día de la celebración, el presidente Hugo Chávez Frías, anuncia la creación del Ministerio de Estado para Asuntos de la Mujer, el cual estará presidido por María León, actual presidenta de Inamujer.

Sí, un panorama alentador. Pero, no puedo dejar de sentir cierto malestar, un sabor amargo, ya que, a pesar de estos “avances”, la vida cotidiana pareciera demostrar que mientras se dan estos adelantos por parte de la mujer, necesariamente no ocurre lo mismo en los hombres. También observamos una “minoría innovadora” de hombres incorporados a la vida familiar con justicia y equidad, se enfrentan a la violencia masculina, dialogan en términos de igualdad; pero sigo pensando que son pasos adelantados pero no suficientes. Sopesando la balanza, ésta se sigue inclinando hacia el mundo (y cultura) “patriarcal”.

Este dominio masculino me hace reflexionar acerca de la propuesta teórica de la eminente antropóloga francesa Françoise Héritier, discípula de Lévi-Strauss. Si bien pareciera un cul-de-sac, nos alerta acerca de este dominio en el tiempo y en el espacio. Un poder instaurado desde el comienzo de la humanidad hasta la contemporaneidad, sobreviviendo lo que la investigadora denomina “el modelo dominante arcaico”. La investigadora en una entrevista comenta lo siguiente: “Las observaciones, realizadas desde el comienzo de la humanidad, son concretas. La sangre es caliente y significa la vida. El hombre no la pierde sino accidentalmente o voluntariamente, en todo caso, de manera activa. Él es considerado constantemente caliente. La mujer pierde su sangre regularmente, lo que le da un carácter frío y húmedo, y ella la pierde sin poder impedirlo, lo que le confiere un carácter pasivo.

Ahora bien, *en la mayoría de las sociedades, lo activo es masculino y superior a lo pasivo femenino*. El hecho que esas categorizaciones binarias sean jerarquizadas, más allá de la simple diferencia, significa que la jerarquía proviene de otra razón que esas diferencias sexuadas.

En efecto, entre todas las observaciones hechas por nuestros ancestros, existe una particularmente inexplicable, injusta, exorbitante: las mujeres gestan a sus semejantes, hijas como ellas; los hombres, no. Ellos necesitan a las mujeres para tener a sus hijos. Pero esta capacidad de producir lo diferente, cuerpos masculinos, se ha revertido contra la mujer. Ellas se han convertido en un recurso necesario a compartirse. Los hombres deben socialmente apropiárselas para tener hijos. Por otro lado, sistemas de pensamiento explican el misterio de la procreación colocando el germen exclusivamente en el semen. El nacimiento de las niñas es un fracaso masculino, provisional pero necesario. En esta doble apropiación, en espíritu y en cuerpo, nace la *jerarquía*. Ésta se inscribe en las categorías binarias que caracterizan a los dos sexos, porque ellas se acompañan necesariamente de denigración, expropiación de la libertad y del confinamiento en la función reproductiva” (Lanez, 2003, 1) (Traducción y cursivas nuestras).

En este sentido, en la contemporaneidad, según Hérítier, no basta aplicar sólo medidas de “alcances” (alcanzar al que está adelante. ¡Y asombrosamente es lo que observamos en nuestro caso local!), “(...) las medidas eficaces constituyen aquellas donde se reconcilien las actividades de los dos sexos y no uno corriendo detrás del otro” (Lanez, 2003, 5), y a propósito de algunos cambios, Hérítier insiste que es necesario creer en la eficacia de los símbolos (pensamos en el discurso social) para conseguir cambios a nivel del espíritu (pensamos en las prácticas sociales), aunque estos cambios para que sean universales requieran miles de años, por tanto, la tarea, sin ser fatalistas, es de largo aliento.

## Referencias

- AZCÁRATE, T. (1995). "Mujeres buscando escenas y espacios propios". En *El lugar de la mujer*. Nueva Sociedad. N° 135. Enero-Febrero. Caracas.
- BOLÍVAR, T. (1995, Coord.). *Hacedores de ciudad*. Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela; Fundación Polar; Consejo Nacional de la Vivienda. Caracas.
- LANEZ, E. (2003). "*La domination masculine est encore partout*". *Entretien avec Françoise Héritier*. <http://1libertaire.free.fr/FHeritier05.html>. Disponible en : [2006 20 de Mayo]
- MUÑOZ, S. (1994). *Barrio e identidad*. Comunicación cotidiana entre mujeres de un barrio popular. S.A. México, Editorial Trillas.
- ONTIVEROS, T. (2000). *Memoria espacial y hábitat popular urbano*. Doce experiencias familiares en torno a la casa de barrio. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV; Caracas, Fondo Editorial Trópykos.
- ONTIVEROS, T. y A. Gutiérrez (2004). Esto es lo único que tengo. Amenazas de desplazamientos forzados de población y mecanismos de resistencia. Caso barrio Los Pinos, Hoyo de la Puerta, Municipio Baruta. Área Metropolitana de Caracas. Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Sector de Estudios Urbanos, UCV; Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV. Caracas.
- ROJAS, G. (2008). "Mujeres al poder". *Últimas Noticias*. Año 67. N° 26743. Págs. 46.-47. Caracas.
- VICENT-THOMAS, L. (1988). *Anthropologie des obsessions*. Paris, Éditions L'Harmattan.

